



Misa Dominical

Para la celebración dominical y la pastoral litúrgica

12, 19, 26 de marzo, 2 de abril de 2023

MD 2023/ 04

LOS DIÁLOGOS EN EL EVANGELIO DE JUAN

Este año aprovechamos la oportunidad litúrgica que nos ofrece el ciclo A, en los tres últimos domingos de Cuaresma, de poder recuperar tres de los siete grandes signos de Jesús narrados por el evangelio de Juan. Estos signos formaban parte de la catequesis que seguían los catecúmenos en la Iglesia antigua y que los preparaban para recibir y celebrar el bautismo por Pascua. Y ahora pueden ser unas buenas catequesis para nuestras comunidades.

Se trata, primero, del diálogo con la samaritana (para descubrir al Salvador del mundo y el Agua de Vida); segundo, el diálogo con el ciego de nacimiento (para ir descubriendo la Luz del mundo y el Hijo del hombre); y, tercero, la resurrección de Lázaro (para ir descubriendo la resurrección de la Vida, y el Hijo de Dios que tenía que venir al mundo).

En primer lugar, siguiendo la misma estructura literaria que nos ofrece el evangelio de Juan, aprovechemos que son unos diálogos con mucha fuerza y riqueza. Por tanto, deberían ser leídos como tal, es decir, con tres lectores: narrador, personajes y pueblo, y Jesús. Preparémoslo bien porque vale la pena.

En segundo lugar, sería bueno hacer una planificación de la predicación teniendo en cuenta tanto el texto y su evolución como la comunidad concreta que acompañamos. Estos evangelios nos hablan de personas concretas (samaritana, ciego, hermanas de Lázaro), pero también de situaciones muy difíciles (sed, hambre, ceguera y muerte). Pero en todos hay también un diálogo muy sincero (buscando la verdad) y una manifestación explícita de Jesús: «Yo soy...». Para terminar, también, con una profesión de fe explícita de la persona y una reacción del pueblo.

Domingo 3 de Cuaresma / A
Domingo 4 de Cuaresma / A
Domingo 5 de Cuaresma / A
Domingo de Ramos / A

Vienen incluidas
las «Hojas para la celebración»
de MD 3, con los días 16, 22,
26 de febrero y 5 de marzo:

D. 7 del tiempo ordinario / A
Miércoles de Ceniza / A
Domingo 1 de Cuaresma / A
Domingo 2 de Cuaresma / A

FRANCESC ROMEU

UN DOCUMENTO-MARCO PARA UNA IGLESIA «TIENDA DE ENCUENTRO»

El documento de trabajo para la Etapa Continental del Sínodo, con el título «Ensancha el espacio de tu tienda» (Is 54,2), es una llamada inspiradora a un cambio en nuestras vidas. Un cambio positivo, ya que no se trata de replegar o de excluir, sino hacer que los que no han gozado de voz ni presencia en la Iglesia puedan tenerla. En la Iglesia «en salida» de Francisco no esperemos a que el otro venga hacia nosotros porque somos los custodios de la verdad, lancémonos a la acogida y la inclusión. Con una gran variedad de citas –reflejo de la riqueza desbordante que ha llegado de las diócesis de todo el mundo– y redactado en un clima de oración, este texto no es una hoja de ruta, ni un resumen, ni un documento teológico o magisterial. Es un «documento-marco» que ayudará a seguir tratando los temas relevantes para la Iglesia en el tiempo actual.

El documento consta de una introducción y cuatro capítulos. Resalta el título elegido, que es toda una sugerente declaración de intenciones de lo que el camino sinodal ha de suponer para cada creyente en Jesús y para las diferentes Iglesias. La imagen de la tienda del profeta Isaías nos invita

a ser una Iglesia que abraza. Cuando uno abraza va abriendo los brazos. En la medida en que voy abrazando va creciendo también mi gesto. La Iglesia de la tienda del encuentro es una comunidad que se abre, se expande y sabe abrazar más que decir o enseñar. Es una bella imagen de inclusión, que es la palabra clave que mueve al proceso sinodal.

La introducción ofrece claves de comprensión para entender qué es y qué no es este documento, que estamos invitados a leer «con los ojos del discípulo». El capítulo 1, «La experiencia del proceso sinodal», proporciona un relato de la experiencia de sinodalidad vivida hasta ahora, con la consulta del Pueblo de Dios en las Iglesias locales y el discernimiento de las Conferencias Episcopales. Muestra las dificultades detectadas y los frutos recogidos más relevantes. Es un ejercicio compartido de la experiencia de sinodalidad vivida por quienes participaron en el proceso. El capítulo 2, «A la escucha de las Escrituras», nos regala la preciosa e inspiradora imagen bíblica que asume el título: la de la tienda, que brinda una clave de interpretación a

la luz de la Palabra, que desafía a la Iglesia a ser auténtico lugar de acogida y encuentro. El capítulo 3, «Hacia una Iglesia sinodal misionera», modula las palabras clave del camino sinodal con la escucha del Pueblo de Dios, unidas alrededor de cinco tensiones generativas entrelazadas entre sí: 1) la escucha como apertura a la acogida a partir de un deseo de inclusión radical; 2) el impulso misionero, expresado con el vocabulario de la fraternidad universal que nos lanza al compromiso compartido por la casa común; 3) la asunción de un estilo basado en la participación; 4) la construcción de posibilidades concretas de vivir la comunión, la participación y la misión; 5) la liturgia, en particular la eucarística. El capítulo 4, «Próximos pasos», mira el futuro con dos registros para seguir progresando: el espiritual, que supo-

ne una conversión sinodal misionera, y el de la metodología para, entrever los siguientes movimientos de la Etapa Continental.

Predomina en el documento su tono sereno. Una Iglesia que está aprendiendo a escuchar ha de hacerlo precisamente con serenidad. El siguiente paso es el de la conversión a la luz de la escucha, aplicando el discernimiento, siendo capaces de enfrentar los puntos neurálgicos de gran tensión en la comunidad eclesial hoy día. Ojalá sea con ese mismo tono del documento, que alude a los asuntos más delicados con la suavidad del abrazo, el que practiquemos en las siguientes fases de este Sínodo. Solo así lograremos esos cambios necesarios que beneficiarán a la totalidad del Pueblo de Dios, tejendo una comunión donde los diversos puedan enriquecer con su presencia la hermosa tienda del encuentro.

FERNANDO CORDERO MORALES

SOLEMNIDAD DE SAN JOSÉ

Este año, el día 19 de marzo, es Domingo IV de Cuaresma. Por este motivo, la solemnidad de San José se traslada al lunes 20 de marzo. Sin embargo, el mismo domingo tendrá lugar la oración y colecta para el «Día del seminario».

Os recordamos que para la celebración del día de san José (20 de marzo), encontraréis materiales (orientaciones, notas exegéticas, proyectos de homilía, cantos...) de descarga gratuita mediante el enlace del código QR.



<https://bit.ly/3GBwyee>

DÍA DEL SEMINARIO 2023

Tradicionalmente, la solemnidad de San José fue vinculada con el Día del Seminario. Esta vinculación significa que en este día se lleva a cabo la campaña de sensibilización de cara a las vocaciones al misterio presbiteral. Vivimos tiempos complejos en lo relativo al tema vocacional en muchas diócesis de Europa. Nuestro país no es una excepción. Hay pocos jóvenes que den el paso de ingresar en el Seminario con la intención de convertirse en presbíteros y servir a Jesucristo, a la Iglesia y a la humanidad entera. Las razones son diversas y muy conocidas. La más importante es, probablemente, la dificultad de vivir la presencia de Dios en la propia vida en un mundo inestable y líquido. Muchas personas conocen espiritualidades difusas (cristianas o no cristianas), pero desconocen un Dios personal, cercano, amigo, que está cerca del corazón y se revela mediante su Palabra.

La llamada de Dios, su toque suave —que puede ser fuerte— pasa por la vida de las personas, porque Dios no deja de llamar a la puerta de todos modos. A veces, sientes que no te puedes quedar indiferente ante la gente que sufre, los pobres, los enfermos. A veces, sientes que dentro de ti resuena una pregunta que te acerca a Jesús. Otras veces, sientes que debes reaccionar ante un hecho que hace tambalear tu vida y te lleva a reflexionar sobre la

fragilidad o incluso la muerte. Otras veces, sientes una insatisfacción ante lo que haces o lo que querrías hacer sin saber hacia dónde tirar o decidirte. Todo esto son indicios de que algo se remueve dentro de ti. La respuesta a la inquietud llegará cuando te plantes si detrás de estos indicios está la voz de Dios que te llama.

Dios llama a cada persona a encontrarse consigo misma, a mirar su vida con perspectiva y profundidad, sin que esto sea, a menudo, una llamada definida a una opción concreta. No obstante, algo se mueve y, de pronto, se abre un camino que puede ser de realización personal y de gran belleza. Llegados a este punto, sin embargo, se necesitan dos cosas. Por un lado, es necesario que la persona —sea joven, sea adulta— tenga el coraje de plantearse su futuro, más allá de lo que tiene en este momento entre manos (un proyecto, un trabajo). Por otro lado, es necesario que esta tenga la ayuda de alguien que lo escuche y lo oriente, de alguien que, respetando la libertad del otro, le muestre la encrucijada en que se encuentra, sin presiones ni halagos, con sencillez, con humildad, alguien que ore de verdad por él o ella y que tenga vivo un sentido espiritual.

También puede suceder que la persona que se plantea el significado de lo que vive no consiga ser del todo cons-



CARTA A LOS ROMANOS

La Carta a los romanos es la quintaesencia de la doctrina cristiana del san Pablo. Para el apóstol, Dios omnipotente ha revelado su misericordia y fidelidad para con toda la humanidad de modo paralelo y aún mayor a como lo hiciere con Israel en el paso del Mar Rojo. De hecho, es en Jesucristo, y este Crucificado, como Dios ahora vehicula su amor a todo el género humano, hasta tal punto que todo Israel está convocado por el Creador a transitar por la experiencia de la fe de Jesús.

San Pablo, a punto de ir a Jerusalén

Según Hechos de los apóstoles, Pablo pretende ir desde Corinto a Jerusalén para depositar el resultado de su colecta caritativa, fruto de un consenso con los apóstoles en el Concilio de la Ciudad Santa (cf. Gal 2,8-9). El apóstol no ignora la trascendencia de dicho viaje, por eso también se encomienda a sus oraciones y les confía sus sentimientos espirituales y apostólicos (cf. Rom 15,14-21).

Ante ese escenario, el apóstol se comunica con las iglesias que estaban en Roma, capital del imperio, tal y como trató a las de Corinto. Son grandes conurbaciones con perfiles relativamente similares. Ambas ciudades eran grandes centros culturales, comerciales y socioculturales. Aglomeraban un núcleo de población sensiblemente alto para la época y las inquietudes espirituales eran muy similares. La sensibilidad espiritual se orientaba hacia una religión que tuviera doctrina y una praxis coherente y universal, que aglutinara teoría y práctica. De hecho, la apuesta por el estoicismo era un signo de aquellos tiempos, hasta que el judaísmo dio origen a un pequeño movimiento espiritual que lo transformó paulatinamente todo: las iglesias de Dios en Jesucristo.

Pablo, en su gran acción expansiva misionera, departió con las iglesias que fundara y con las que no. Las romanas no fueron obra de él, y además tenían un peso moral importante. El apóstol desea presentarles cuál es su predicación cristiana (cf. Rom 1,16-17) y pedirles ayuda para su nuevo proyecto: viajar al flanco occidental del *Mare Internum* (cf. Rom 15,22-33).

Carta a los romanos: una presentación y una motivación

Pablo desea exponerles extensamente su doctrina evangélica. De hecho, ya antes hizo lo propio en Jerusalén, en la época del denominado «Concilio de Jerusalén» (cf. Gal 2,1-10; Hch 15,1-35). El apóstol, movido por un gran deseo de comunión con todas las Iglesias, siempre que lo considera oportuno, expone el contenido de sus predicaciones, sometiéndolo al común de quienes tienen autoridad en el Señor. En Roma procede de manera similar, ya desde el inicio de su carta (cf. Rom 1,1-7). De hecho, la Carta a los romanos es una carta de presentación (y, parcialmente, de autorrecomendación). Ya dijo en la segunda Carta a los corintios 3,1-3, que él y su equipo misionero no necesitaban de presentación, puesto que las iglesias son el sello de su ministerio y su veracidad. Sin embargo, ante unas comunidades que él no fundó desea, además, manifestar su continuidad con la predicación de la incipiente Gran Iglesia, de ahí que se presente su evangelio.



Un evangelio y tres frentes

El evangelio de Pablo expuesto en la Carta a los romanos tiene tres grandes ejes, que son las tres grandes preocupaciones pastorales del apóstol y que plasmó en esta su carta más significativa. Fueron las siguientes. Nos extenderemos, por su interés, en la primera.

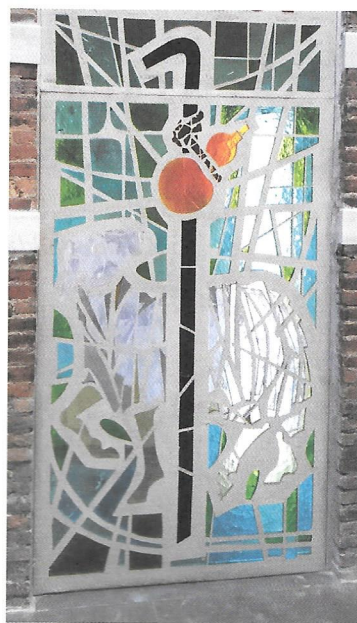
El primero, que quedara clara la misión salvadora de Jesucristo en el misterio de Dios, Creador y Salvador (cf. Rom 1,18–8,39). Ante una situación generalizada de cambio social, alejada de Dios y poco consciente del pecado (1,18-3,20), Dios se revela de una manera, confiriendo la justicia, el estado de amistad del ser humano con su Creador, a través de la fe que suscita Jesús en el corazón de los fieles (3,21-31). De hecho, con su cruz, Dios sella por Cristo Jesús el contenido de las promesas bíblicas, simbolizadas en Abrahán (4,1-25); sella la purificación espiritual del ser humano por el perdón de Cristo (5,1-21), a través de la iniciación sacramental de los fieles (6,1-23); sella el saneamiento psicológico afectivo (7,1-25), y confiere el don del Espíritu Santo (8,1-17). El alcance salvador de Cristo no se reduce a la humanidad, antes bien llega a todo el universo en su amplia extensión, «contagiando» el amor divino a toda la creación (8,18-39).

En segundo lugar, comprender que Israel, pese a la dureza de corazón que estaba experimentando ante el anuncio pascual de Cristo y sus consecuencias salvadoras para con toda la humanidad, también estaba llamada a la comunión de Dios mediante la fe y confianza de Jesucristo (9,1–11,36).

Finalmente, tercero, que las dificultades internas de la Iglesia, entre los «débiles» y los «fuertes», tenían que superarse por la común vocación a la santidad y por el ejemplo de Cristo paciente (12,1–15,13).

ciente de ello, y que se debata en una zona de oscuridad y de luz, donde se alternen momentos de más o menos lucidez. Entonces, es probable que esta persona no pida ayuda o, si la pide, no entienda exactamente lo que le pasa. En cualquier caso, es necesario que alguien sea cercano a ella, que vaya a su encuentro, que la intercepte. Esta acción puede ser decisiva. Las personas realmente espirituales sabrán captar pronto si alguien pasa por un momento de preguntas interiores y por una situación de búsqueda. Interceptar es ayudar a discernir.

Aquí es donde entra en juego la comunidad cristiana, de un modo especial los presbíteros, como hombres de Dios que son y deben ser. A pesar de los episodios lamentables de los últimos años que rodean la vida de *algunos* presbíteros y que han abierto heridas profundas en el cuerpo eclesial y social, a pesar del desencanto que *algunos* viven en su ministerio, está claro que el presbítero, cuando mantiene su vocación primera, resulta ser la persona más adecuada para interceptar y dar respuesta a las preguntas que muchos —más de los que pensamos— se hacen.



Si el presbítero es un hombre que tiene una vida interior llena de amor de Jesús, si sabe escuchar y acoger, si ejerce una paternidad generosa, es el primero a la hora de hacerse cargo de las personas que sienten cambios o cuestionamientos dentro de sí o experimentan la insatisfacción y viven una búsqueda existencial.

Pero no es solo el presbítero el que puede ayudar en el discernimiento. El presbítero es un bautizado que ha dado su vida por causa del Evangelio gratuitamente y confiado de la ayuda de Dios, que ha sido llamado a partir el pan de la Eucaristía y de la Palabra y a servir a los más pequeños. Pero, al lado de él hay muchos otros miembros del Pueblo de Dios —consagrados, consagradas, laicos y laicas— que pueden ser instrumentos de la voluntad divina. En último término, esta es la finalidad última de las personas que acogen a un hermano que encontrará su alegría, si es este su camino, en una vida dedicada toda ella al servicio de Dios y de los demás, especialmente como presbítero de la Iglesia de Cristo.

ARMAND PUIG I TÀRRECH
Rector del Seminario Mayor Interdiocesano
de Barcelona

TEXTOS ELEGIDOS SOBRE LA SALUTACIÓN FINAL DE LA EUCARISTÍA

BENEDICTO XVI, *Sacramentum caritatis* (2007) 51

Quisiera detenerme ahora en lo que los Padres sinodales han dicho sobre el saludo de despedida al final de la celebración eucarística. Después de la bendición, el diácono o el sacerdote despide al pueblo con las palabras: *Ite, missa est*. En este saludo podemos apreciar la relación entre la misa celebrada y la misión cristiana en el mundo. En la antigüedad, «missa» significaba simplemente «terminada». Sin embargo, en el uso cristiano ha adquirido un sentido cada vez más profundo. La expresión «missa» se transforma, en realidad, en «misión». Este saludo expresa sintéticamente la naturaleza misionera de la Iglesia. Por tanto, conviene ayudar al Pueblo de Dios a que, apoyándose en la liturgia, profundice en esta dimensión constitutiva de la vida eclesial. En este sentido, sería útil disponer de textos debidamente aprobados para la oración sobre el pueblo y la bendición final que expresen dicha relación.

***Catecismo de la Iglesia Católica* 1332**

Santa Misa, porque la liturgia en la que se realiza el misterio de salvación se termina con el envío de los fieles (*missio*) a fin de que cumplan la voluntad de Dios en su vida cotidiana.

COMISIÓN TEOLÓGICA INTERNACIONAL, *La sinodalidad en la vida y en la misión de la Iglesia* (2018), núm. 109e

Ite, missa est. La comunión realizada por la Eucaristía impulsa hacia la misión. El que participa del Cuerpo de Cristo está llamado a compartir la alegre experiencia con todos. Cada acontecimiento sinodal estimula a la Iglesia para que salga del campamento (cf. Heb 13,13) para llevar a Cristo a los hombres que esperan su salvación. San Agustín afirma que debemos «tener un solo corazón y una sola alma en el camino hacia Dios» (Regla I, 3, PL 32, 1378). La unidad de la comunidad no es verdadera sin este *télos* interior que la guía a lo largo de los senderos del tiempo hacia la meta escatológica de «Dios todo en todos» (1Cor 15,28). Es necesario dejarse interpelar siempre por la pregunta: ¿Cómo podemos ser verdaderamente Iglesia sinodal si no vivimos «en salida» hacia todos para ir juntos hacia Dios?

SELECCIÓN ELABORADA POR JAUME FONTBONA

FORMACIÓN LITÚRGICA

Por Gabriel Seguí, a partir de la Carta apostólica «Desiderio desideravi» del papa Francisco

La liturgia: «hoy» de la historia de la salvación [núms. 2-9]

Para ubicar la liturgia en la historia de la salvación, el Papa parte de la iniciativa del Señor de celebrar la Pascua con los discípulos, expresada en la frase latina del evangelio de Lucas, cuyo principio da nombre al documento: *Desiderio desideravi hoc Pascha manducare vobiscum, antequam patiar* (Lc 22,15), «Ardientemente he deseado comer esta Pascua con vosotros, antes de padecer». Este deseo ardiente de Jesús, que después engendrará en nosotros una atracción para comer su Pascua (DD 201), nos adentra en el misterio de la gratuidad de la salvación y nos remite a la acción amorosa de la trinidad a favor de la humanidad, manifestada a través de los símbolos sacramentales.

La relación entre liturgia e historia de la salvación muestra que la salvación divina se realiza en el hoy de cada celebración litúrgica: la liturgia es la salvación en acto y no la simple ejecución de un ritual o una pura evocación simbólica; es lo que expresa el antiguo adagio: los sacramentos contienen lo que significan, el misterio pascual, que tiene efectos reales en los que los celebran.

Por otro lado, la invitación que nos hace Jesucristo de participar en la Cena nos impulsa a extender esta llamada a los que no la han recibido aún: la liturgia impulsa a la Iglesia a la misión, para que la humanidad entera se dé cuenta de la invitación de la Trinidad. Así podemos comprender la vinculación entre la liturgia como «acción» (dimensión performativa) y como «comunicación» (dimensión evangelizadora), con el misterio pascual como origen.

Otro punto importante de este capítulo es la relación entre la creación, el sacrificio de la cruz y la Eucaristía: en la Eucaristía actualizamos el sacrificio de la cruz, no hacemos una representación de la Cena del Señor, y quien muere en la cruz es el Verbo encarnado. Por tanto, sin la encarnación, que culmina en la cruz, la Pascua, y los sacramentos que la hacen presente hoy, quedaría vacía de contenido. Además, la encarnación también tiene relación con la creación, de la que la liturgia toma los elementos sacramentales.

GABRIEL SEGUÍ I TROBAT

LA LUZ DE LA PASCUA

Los vientos de guerra que se han desatado en el corazón de Europa son una herida abierta que exige que no permanezcamos inactivos ante el mal, la violencia, el abuso y el desprecio por los derechos de los demás. Toda guerra, aunque involucre más directamente a los ejércitos, cosecha sus víctimas sobre todo entre la población inermes, entre los inocentes y los débiles. Incluso cuando está claro quién tiene razón y quién no, se plantea cada vez la cuestión de cómo enfrentarse al enemigo, qué estrategia adoptar para contrarrestar el mal, qué medios desplegar para defender la verdad, el derecho, pero sobre todo para amparar a quienes corren el riesgo de pagar el precio más alto. La historia nos muestra cuántas opciones han tomado cada vez los jefes de Estado y de las naciones cuando estalla una guerra, en la que siempre hay quienes se sienten agredidos y quienes, alegando engañosas «razones», meros pretextos, atacan. El pensamiento de la Iglesia, expresado en el *Catecismo de la Iglesia Católica*, es que «los ciudadanos y los gobernantes están obligados a empeñarse en evitar las guerras... pero una vez agotados todos los medios de acuerdo pacífico, no se podrá negar a los gobiernos el derecho a la legítima defensa» (núm. 2308). El

Señor Jesús también tuvo que afrontar la violencia y la injusticia. Acabó en la cruz injustamente juzgado y condenado a muerte. La elección que hizo nos desconcierta: reprendió a Pedro, que había intentado defenderle con la espada, pero se mantuvo firme frente a los que le condenaban y golpeaban injustamente, defendiendo y proclamando su inocencia. La humillación de Jesús, que comenzó con la traición de Judas y la huida de los discípulos, se ve alimentada por los encuentros públicos con el Sanedrín, el prefecto romano Pilato y Herodes, rostros históricos del poder corrupto y comprometido. La muerte y la injusticia le ganaron, pero por poco tiempo. Resucitó y está sentado a la derecha del Padre.

Es a través de su Hijo como el Padre se entrega a la humanidad, de una vez por todas, víctima inocente de una intriga de poderes y presunción religiosa.

La Pascua, que celebramos cada año, es la certeza de que la vida vence a la muerte, el amor triunfa sobre el odio. Es la certeza de que tras la muerte, la injusticia, el abuso... siempre hay una secuela, un después. En Cristo resucitado se restablece la justicia y ante él cada uno tendrá que dar cuenta de las consecuencias de sus actos.

LINO EMILIO DÍEZ VALLADARES

Centre de Pastoral Litúrgica

☎ Diputació 231 - 08007 Barcelona

☎ 933 022 235 ☎ cpl@cpl.es - www.cpl.es

wa +34 619 741 047

Director de la publicación: David Álvarez

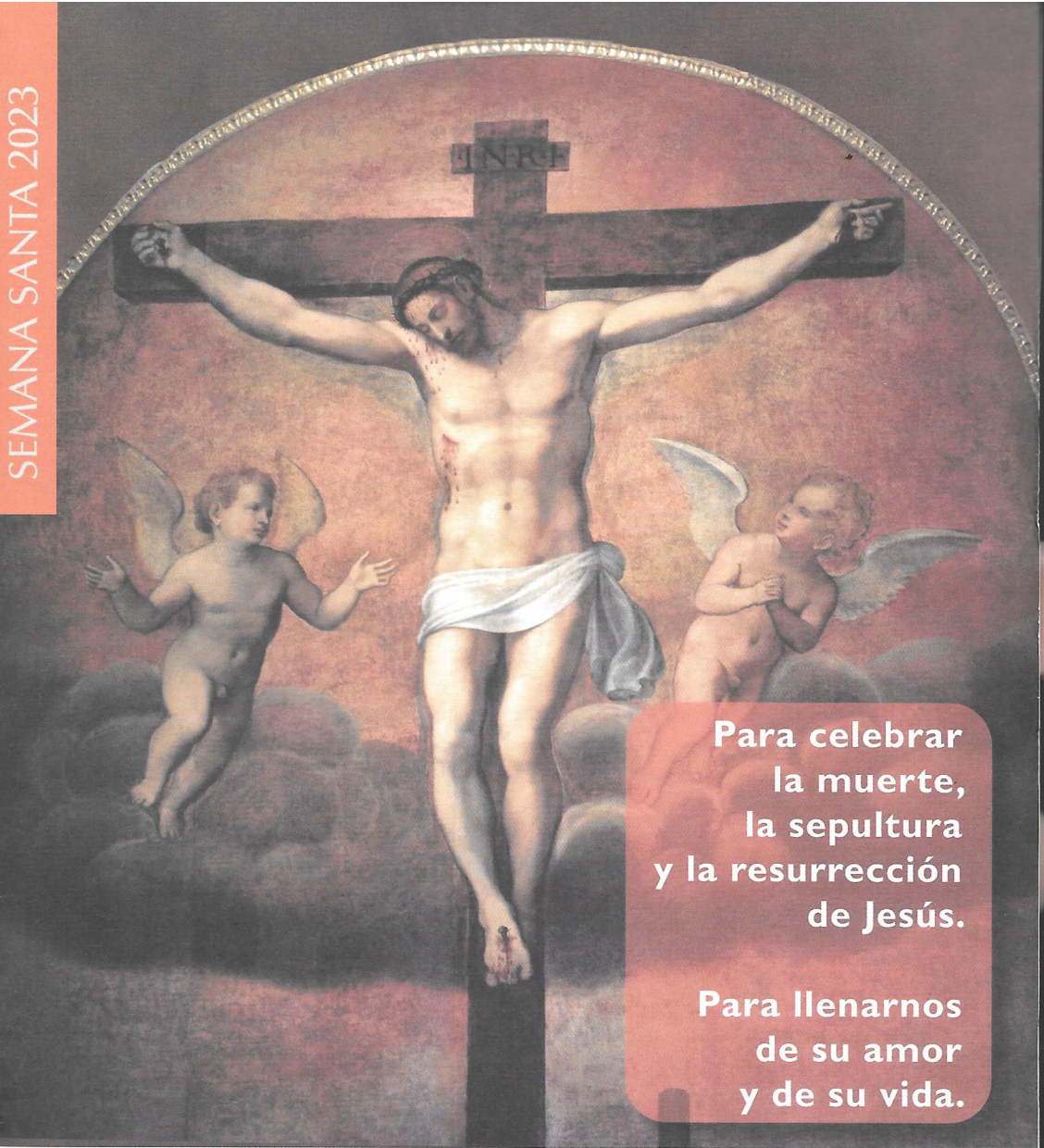
Año LV

Suscripción anual: 89,00€ €

Precio de cada ejemplar: 6,00 €

Imprenta: GZ Printek

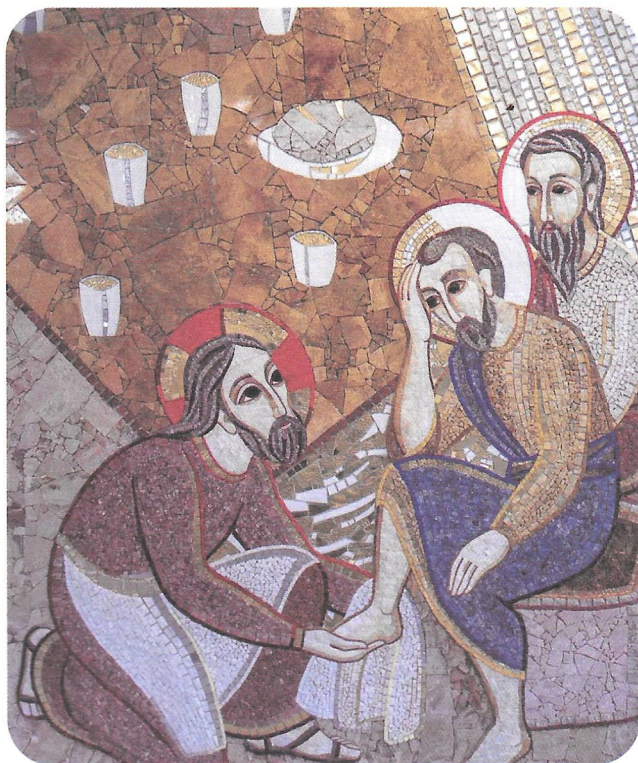
ISSN 1887-8202 / D.L.: B.18.369-1975



**Para celebrar
la muerte,
la sepultura
y la resurrección
de Jesús.**

**Para llenarnos
de su amor
y de su vida.**

Estos últimos domingos de Cuaresma hemos escuchado, en el evangelio, los relatos de la samaritana, a quien Jesús da un agua que satisface toda sed; del ciego de nacimiento, a quien Jesús abre los ojos del cuerpo y los ojos de la fe; de Lázaro, a quien Jesús devuelve a la vida. También a nosotros Jesús nos ha renovado por la fe y por el bautismo, nos ha unido a él con unos lazos que nada ni nadie podrá romper. Por eso, ahora nos disponemos a seguirle en estos días santos de su muerte, sepultura y resurrección.

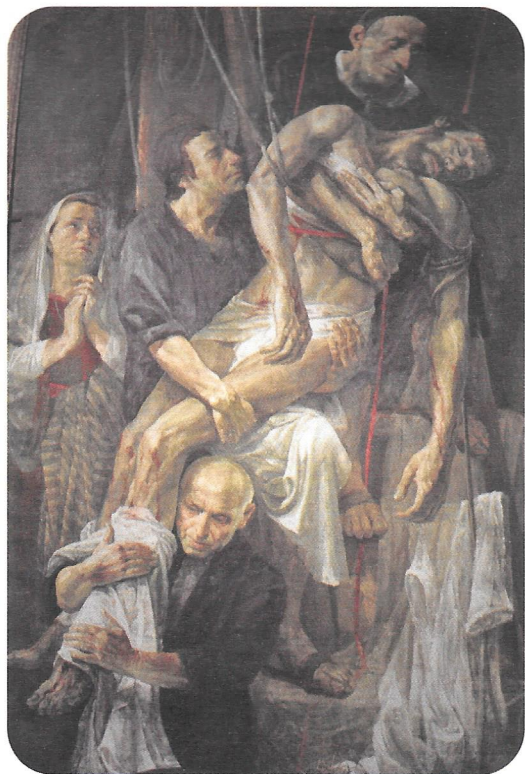


Domingo de Ramos. Jesús entra en Jerusalén montado en un asno y es aclamado por la gente que le acompaña. Nosotros también lo hacemos, muy conscientes de que este Jesús, a quien aclamamos con nuestros ramos, será condenado a muerte por su fidelidad al camino de amor de Dios. Por eso, nuestra aclamación es una afirmación de fidelidad a ese camino.

Lunes, Martes y Miércoles Santo. Tres días de espera, de preparación, de reafirmación en nuestro deseo de seguir a Jesús. Bueno será, en estos días (o tal vez en algún día de la semana anterior), participar en la celebración de la Penitencia, para llegar reconciliados a la Pascua.

Jueves Santo. Esta tarde comenzamos ya el Triduo Pascual celebrando la Eucaristía, que es como una anticipación de lo que viviremos en estos próximos días. Jesús nos deja el pan y el vino que serán su presencia para siempre en medio de la comunidad, y, a la vez, con el lavatorio de los pies nos invita a vivir con una entrega a los demás parecida a la que él vivió.

Viernes Santo. Jesús muere en la cruz. Nosotros, hoy, conmovidos y agradecidos, nos reunimos para conmemorar su pasión y para llenarnos de la gracia que brota de esta cruz y para pedir que esta gracia llene el mundo entero. Al contemplarlo a él, manifestamos nuestra fe y nuestra esperanza en el Dios que hemos conocido en Jesús y que es siempre fuente de vida inagotable.



Sábado Santo. Hoy es el día del silencio, el día para estar cerca del sepulcro de Jesús compartiendo el dolor y, a la vez, la confianza. Como María, su madre, y como todas aquellas mujeres que le acompañaron a lo largo de su vida.



Noche de Pascua. «Esta es la noche en que, rotas las cadenas de la muerte, Cristo asciende victorioso del abismo», cantamos en el pregón de Pascua. Esta noche, la más grande del año, los cristianos nos reunimos para celebrar que Jesús nos ha abierto las puertas de la vida para siempre. Y, con toda nuestra alegría, reafirmamos los compromisos de nuestro bautismo y nos alimentamos del pan de la Eucaristía para compartir, a través de una vida renovada, el amor más pleno y más gozoso. ¡Aleluya!

